



FRAN
BARRERO

AMURAO
Monstruos en la oscuridad

La desaparición de un adolescente en una pequeña aldea de la sierra de Huelva provocará la estrecha colaboración entre la Guardia Civil y la Policía Nacional, especialmente tras aparecer el cadáver de un vecino con claros síntomas de violencia.

Laura y Marcos vuelven al lugar en el que veraneaban en su adolescencia, donde recuperarán amistades y recuerdos casi perdidos.

Mientras tanto, en la capital, una banda de atracadores tiene en jaque a toda la policía. La suboficial Cristina Collado se hará cargo de la investigación, enfrentándose a profesionales que no dejan ningún rastro tras los golpes, cuando Marcos es destinado a la aldea para buscar al asesino y colaborar en la búsqueda del adolescente.

Tal vez los terribles hechos sucedidos veinte años atrás, y silenciados por los habitantes y veraneantes de la aldea, estén relacionados con la pesadilla que ha regresado para atormentarles.

Índice de contenido

2 de septiembre de 1998

MIÉRCOLES

8 de agosto de 2018

8 de agosto de 1998

JUEVES

9 de agosto de 2018

11 de agosto de 1998

VIERNES

10 de agosto de 2018

13 de agosto de 1998

SÁBADO

11 de agosto de 2018

16 de agosto de 1998

DOMINGO

12 de agosto de 2018

18 de agosto de 1998

LUNES

13 de agosto de 2018

21 de agosto de 1998

MARTES

14 de agosto de 2018

24 de agosto de 1998

MIÉRCOLES

15 de agosto de 2018

2 de septiembre de 1998

4 de abril de 2010

19 de agosto de 2018

Sobre el autor

*A quienes me apoyan en este
loco sueño de vivir de la literatura.*

2 de septiembre de 1998

El amanecer mostraba un cielo convertido en bóveda de cobre líquido sobre la aldea cuando Horacio miró hacia arriba y supo que el calor, a pesar de no ser aún las seis de la mañana, no parecía dispuesto a marcharse como lo habían hecho días atrás los ruidosos turistas, como él llamaba a los veraneantes. De las fiestas de la aldea ya no quedaban ni los farolillos. Había que aprovechar para quitarlos antes de que todos se marchasen o les tocaría a él y a Francisco, que siempre decía estar demasiado ocupado para esos quehaceres, aún siendo el alcalde y no teniendo muchas más tareas que esa. Horacio se limitó a supervisar cómo los chicos jóvenes desmontaban el toldo y el almacén, junto con el escenario de la orquesta, en la zona del bar El Casino; luego descolgaron las guirnaldas que serpenteaban en la calle de Arriba, recibiendo alegremente cada año a nativos y visitantes.

Esa mañana, dejando atrás el recuerdo de un verano más, desayunó como lo hacía cada día. Una generosa tostada con aceite, tomate y ajo y un vaso largo de café con leche. Sentado a la pequeña mesa de la cocina, sin más luz que la que entraba tímida a través de la ventana, miró con resignación la fotografía de su difunta esposa en la pared y suspiró. La echaba mucho de menos, aunque el mayor pesar con que cargaba no era su ausencia, sino el remordimiento por no haberle dicho que la quería ni una sola vez en los últimos años que compartieron. Maldecía ese carácter agrio y distante suyo. Daría lo que fuese por tenerla de nuevo frente a él, aunque fuese un solo minuto, para abrazarla y decirle todo lo que sentía pero no fue capaz de confesarlo durante su matrimonio.

Volvió a suspirar y siguió con su ritual, recogiendo y limpiando el hule antes de salir de casa y dirigirse hacia el te-

rreno que poseía a unos trescientos metros de la aldea, donde su pequeño huerto y seis gallinas, que atendía con mimo los siete días de la semana, esperaban su compañía y cuidados. Cerró la puerta de casa sin echar la llave y saludó a Herminia y a Pilar al cruzárselas por la calle La Fuente. De tantas veces que había recorrido el camino de la rivera desde que dio sus primeros pasos, haré en septiembre setenta y cuatro años, se sentía capaz de andarlo con los ojos cerrados. En menos de quince minutos estaría trabajando, y esperaba que todo siguiese así mientras no le fallasen las fuerzas.

El silencio se agradecía, ya que le permitía oír sus propios pensamientos y a los pájaros de la zona, unas horas después serían los grillos y las chicharras los que amenizarían su almuerzo bajo la agradecida sombra de una encina en la que había colocado una pequeña mesa y una silla vieja que su difunta esposa quiso tirar a la basura, pero él rescató para llevarla a la parcela. El mes de agosto solía ser ruidoso y estresante, con tanto crío en bicicleta, coches y motos pasando sin cesar por las calles, tanta gente de risa y fiesta, noches de verbena casi todos los días de la semana... Se olvidaba cada uno de agosto de lo que era la paz y tranquilidad del campo, así como se sorprendía cada uno de septiembre al volver a la normalidad de su día a día.

Sus hijos y nietos hacía dos años que no aparecían más que un sábado cada tres o cuatro meses, miraban la nevera y la despensa por si necesitaba algo, y se marchaban con la misma prisa. También llamaban por teléfono una vez al mes. Horacio sabía que solo querían vender la casa y el terreno, por muy poco que le dieran por ellos, e ingresarlo en una residencia. No les daría el gusto. Mientras le quedasen fuerzas y sintiese la cabeza en su sitio, nadie le movería de la casa en la que nació y en la que veló el cuerpo sin vida de sus abuelos, de sus padres y luego de su esposa, que en paz descansen.

Con esos pensamientos a su espalda, siguió caminado sin prisa ni pausa. Atrás quedó la perrera de Eulogio, tomó la curva a la derecha en el camino de grava y perdió de vista la aldea. La ausencia de lluvias impedía oír el arrullo del pequeño riachuelo que se formaba cada otoño a su derecha y que las altas jaras emitiesen su olor característico y exhibiesen el brillo verde de sus pegajosas hojas. No es que esperase la llegada del invierno, que cada año le sentaba peor a su castigado cuerpo, simplemente agradecía el efecto beneficioso de las primeras lluvias de otoño, para su huerto, para sofocar el calor y para ver el monte con el esplendor que lucía en sus recuerdos, cuando caminaba de la mano de su abuelo para echar de comer a las gallinas en un tiempo en que aún ni sabía hablar.

Casi había llegado a su destino cuando vio un animal muerto en el suelo, a unos cincuenta metros sobre el camino. No tenía la vista tan aguda como antaño, sobre todo de lejos, pero maldijo a los cazadores que se desprendían de los perros que ya no querían de una pedrada en la cabeza o ahorcándolos en una rama de encina, había visto tantos por la zona en los últimos años... Aunque nadie había tenido la desfachatez de dejar uno en mitad del camino.

Cuando le quedaban pocos metros para llegar al cuerpo, comenzó a desconfiar sobre su predicción, y la duda surgió tan rápidamente como se disipó, tres pasos después, al ser consciente del horror que contemplaba.

No se trataba de ningún perro.

MIÉRCOLES

8 de agosto de 2018

El olor a salitre se disimulaba en verano por el sofoco del calor y la humedad extremos, pero aún se podía percibir al amanecer, cuando el sol asomaba perezoso sobre la marisma del río Tinto y la temperatura era más soportable.

Para Marcos, las calles desiertas y el frescor de las mañanas eran lo único positivo de tener que trabajar en pleno mes de agosto en una ciudad costera de Andalucía; al menos, se consolaba buscando la parte beneficiosa de no haber comenzado aún sus vacaciones. La mitad de la población de Huelva se había marchado a los pueblos con playa o había huido a la sierra para mitigar el calor. El termómetro de la parada de autobuses que acababa de dejar atrás mientras conducía marcaba veinticuatro grados a las nueve menos cuarto de la mañana, y no se divisaba una sola nube en el cielo cobalto. Con ese panorama a la vista, prefería no pensar en el calor que pasaría a lo largo del día. El aire acondicionado y la comodidad del sillón de su despacho podrían seducir a cualquier otro policía para sumergirse entre tareas administrativas, pero él se inclinaba por el trabajo de campo antes que tener que soportar largas horas investigando ante un ordenador. No, prefería dejar la oficina para las ratas de biblioteca que disfrutaban persiguiendo datos y realizando informes interminables para sus superiores.

Aparcó en la misma puerta de la comisaría central, algo bueno debía tener el verano, benditas calles desiertas, y fue directo hacia la mesa de Irene, la recepcionista.

—Buenos días. ¿Tenemos alguna novedad?

—Ninguna, sevillano. En verano, hasta los delincuentes se van de vacaciones.

—¿Todavía dura lo de sevillano?

Marcos, nacido en Huelva, aunque comenzó a trabajar como policía en Sevilla, se mostraba aún disconforme con el apodo que le habían asignado.

—Uf, no te queda nada... Aquí los apodos se quedan grabados en el ADN, tus nietos serán llamados sevillanos.

Marcos no respondió, solo exageró un mohín de enfado que Irene se tomó a broma. La recepcionista soltó una carajada que llamó la atención de los escasos policías que a esa hora trabajaban la sala. El inspector entró en su despacho, compartido con su compañero el subinspector David Sobrá, y comprobó que este aún no había llegado. Pulsó el encendido del ordenador y comenzó a subir las persianas venecianas para observar la bella vista de la ría que ofrecían los ventanales. «Hoy será un buen día para pasarlo en la playa», pensó al ver en la distancia el puente que comunicaba la ciudad con los pueblos de la costa.

Irene apareció con una taza de café humeante, la dejó sobre su mesa con una sonrisa y se marchó después que él le diese las gracias. Ella hizo un gesto divertido a modo de disculpa y Marcos comenzó a repasar el correo: varios mensajes de broma de sus compañeros; uno de Paco, el comisario, para hablar de un caso; otro de Laura para desearle un feliz día y que tocase madera para recibir un caso importante; unos veinte de David con porno de lo más variado; y un último de Maite, la forense, con una composición de varias fotos de su hija, que ya tenía ocho meses y parecía haberse adueñado de las vidas de sus padres y hermanito. Respondió a Maite, a Laura y al comisario, en ese orden; y, cuando estaba borrando el porno de David, este apareció por la puerta con una sonrisa radiante, como era habitual.

—¿Qué pasa tío? Menudo careto tienes esta mañana. — Ese fue su saludo.

—Ya me gustaría lucir esa sonrisa tuya, pero necesito vacaciones y no veo la hora de que llegue el día quince.

—Sal por las noches de fiesta. Llama a Laura y vente a Punta Umbría con Sandra y conmigo y verás cómo nos lo

pasamos. Trabajar de día no impide disfrutar de las noches.

—No tengo ya tanto aguante como tú. No sería capaz de llegar puntual al día siguiente ni rendir como es debido.

—Anda ya, el secreto está en no tomar más que una copa y no cansarte bailando. Ya me conoces, yo soy más de apuntalar la barra de los garitos, no se vayan a caer. Luego, te marchas a casa a las dos de la mañana y a las siete y media te levantas como un reloj.

David traía un café doble y dos bollos en una pequeña bandeja de cartón, los colocó sobre su mesa y encendió su ordenador.

—Lo dicho, estás loco. Yo necesito dormir algo más —le respondió Marcos con un suspiro que denotaba la realidad: camino de cumplir treinta y dos años, ya no se sentía tan joven como le gustaría.

—Tenemos caso. He visto el correo de Paco, tenemos que ir a verle ya.

—Ok, pero deja de mandarme porno, eso no es serio. Como le metas un virus al ordenador, verás la cara que ponen los informáticos al ver todo lo que acumula tu disco duro.

—Sobre todo si entran en la carpeta con zoofilia.

Marcos no supo qué contestar, no sabía si lo había dicho en serio o era una broma, y prefería no seguir con la conversación. De los correos que le enviaba David a diario, solo había abierto el primero, hacía ya nueve meses, y decidió no volver a hacerlo nunca más. NUNCA MÁS.

Paco, sentado en su silla, apuraba un bollo relleno de crema mientras trataba a duras penas de pronunciar «adelante» para que pasasen los policías a su despacho. No los saludó, ellos tampoco lo esperaban; solía estar de mal humor por las mañanas, y más aún en verano. El despacho olía a comida rancia, pero el olor quedaba eclipsado por las vistas a la ría y a la calle Doctor Rubio. La docena de fotos en las paredes mostraban a un policía joven en una época pasada, mucho más delgado y con pelo, recibiendo innu-

merables medallas y gratificaciones que en la actualidad no valían tanto como pasar una mañana en su barco, pescando con sus nietos y contando los días que restaban para su jubilación.

—No os sentéis —dijo al recibirles—, no hay mucho que decir. Hace una hora atracaron un restaurante chino en la calle Ginés Martín. Pasaos por allí a ver qué averiguáis.

—¿Un atraco a un restaurante? ¿No has enviado a agentes?

—Sí, y no me gustó lo que oyeron a los camareros. Seis tipos organizados como para robar un banco, con trajes negros, pistolas y pasamontañas; lo desvalijaron todo en cuestión de cinco minutos; sabían dónde estaba el dinero y cuándo los empleados estaban ocupados, descuidando la puerta. Se parece demasiado al atraco de la cervecería de la calle San Sebastián hace cuatro días. Quiero que busquéis una relación, si la hubiese, entre ambos casos, y si se trata de una banda organizada que está aprovechando el verano para hacer su agosto. Así que moved el culo y no holgazaneéis en mi comisaría.

—Te noto agobiado, Paco. Yo también quisiera estar en la playa —dijo Marcos con empatía.

—Pues me parece muy bien, pero aquí no hemos venido a quejarnos de la vida que nos ha tocado, así que a trabajar.

A través de la ventana del salón, observaba a un señor obeso con camiseta de tirantes, bañador y chanclas paseando a un yorkshire. El diminuto perro hizo caca y su amo, después de mirar disimuladamente a ambos lados de la calle, pasó de largo sin recogerla. Aquello era del tamaño de un chicle, pero aun así provocó una mueca de asco en Laura, que tomaba su café solo con sacarina muerta de aburrimiento, viendo pasar el mundo ante ella sin poder in-

terferir. El suceso del tipo incívico y su perro de bolsillo era lo más interesante que había contemplado en semanas. Quizá se arrepintiese de pensarlo, pero echaba de menos a Javi, su operador de cámara.

El trabajo como reportera de grandes casos y a pie de la noticia sonó mucho mejor cuando se lo propusieron, nueve meses atrás, que tras comprobar la cruda realidad: no iba a encontrar casos tan impactantes como el que logró volver a unirla a Marcos, su novio de la adolescencia. Los terribles crímenes cometidos en el pueblo de Minas de Riotinto, en la cuenca minera de la provincia, habían supuesto su ascenso meteórico como reportera de éxito y fama. Pero aquello pasó hace... La verdad es que ya casi no se acordaba, parecían décadas. Su situación era tan angustiosa que, al contrario del resto de la ciudad, no soñaba con descansar unos días en algún hotel de la playa con Marcos, no necesitaba desconectar, no había nada que la agobiase, salvo la falta de actividad.

Esa mañana no debió encender el portátil para revisar el correo. El mensaje enviado por la productora suponía un jarro de agua fría que no esperaba; bueno, sí lo esperaba, pero no tan pronto. No se molestó en responder, bajó la tapa con tanta fuerza que pensó que había roto la pantalla.

¿Qué podría hacer a lo largo del día? Podría acercarse en coche a la playa, pero la inactividad de estar tumbada tomando el sol la devoraría por dentro. No podía visitar a sus hermanas en Sevilla, estaban trabajando. Qué envidia. Daría lo que fuera por tener algo productivo que hacer, pero no había recibido ningún aviso de casos que mereciesen la pena por la provincia ni por otras de Andalucía. En los últimos meses solo había cubierto supuestos secuestros de niños que habían terminado en travesuras al cabo de pocas horas, de robos de poca monta o de (y esta suponía su mejor hazaña) un caso de violencia doméstica en la que la mujer, cansada de malos tratos, apuñaló a su marido. Bien por ella, pero la emisión no tuvo audiencia alguna.

Suspiró hondo y fijó la mirada en la acera de enfrente, unos metros a la derecha de la microcagarruta estaba la puerta trasera del bar de copas El Trastero, cerrado a esa hora de la mañana. Su mayor sueño había sido tener un gran piso en el centro, unos meses atrás logró cumplirlo; tenerlo justo enfrente de su local de copas favorito y compartirlo con Marcos era lo máximo. Y a solo cinco minutos andando de los restaurantes y cafeterías de Pablo Rada. Pero de todo se cansa una en la vida, y tratando de hacer memoria, ni recordaba cuántas semanas... o meses llevaba sin salir a tomar algo.

«¿Voy a la peluquería y me tiño el pelo? ¿Lo corto a capas? ¿Por qué demonios deseo modificar mi pelo cada vez que me siento frustrada con el trabajo?». Se fijó en el reflejo que le devolvía el espejo del salón. La luz de las ventanas acariciaba su largo cabello castaño, a juego con sus ojos; le encantaba a Marcos, a ella, a todos los que conocía. ¿Por qué siempre pensaba en teñirlo? Aún no tenía una sola cana. Siguió peinándose despacio con los dedos mientras divagaba.

¡Dios, qué aburrimiento!

No podía continuar con aquella espiral de fracasos y decepciones. Incluso estuvo tentada de coger el coche en varias ocasiones para visitar el lago donde empezó toda su aventura. Sabía que aquella superstición era absurda y desechaba la idea al instante. Aunque con el paso de los meses, cada vez le iba pareciendo menos absurda...

Fue a la cocina, dejó la taza vacía en el lavavajillas e hizo el esfuerzo de quitarse la camiseta del pijama para ducharse y vestirse. Necesitaba distraerse haciendo alguna tarea doméstica por la casa, quizá planchar la montaña de ropa que se acumulaba sobre la cama de invitados, y apuntó mentalmente llamar más tarde a la redacción por si hubiera ocurrido algo importante, aunque fuese en la otra punta de la región. Tocó madera cuando le dijeron que tendría que cubrir los casos más escabrosos, aunque estos se produje-

ran en Almería o Granada, no deseaba alejarse tanto de casa y tener que pasar días o semanas en hoteles soportando al baboso de Javi; pero al final solo tuvo que desplazarse a Sevilla y Málaga. En este momento iría a China si hiciese falta. Necesitaba acción.

¡Dios, qué aburrimiento!

Fachada tradicional roja con dos dragones dorados flanqueando la puerta de entrada para clientes. Cuando David mencionó que volvía a tener hambre, que probaría a ver si le regalaban una bolsa de pan de gambas, Marcos le miró atónito, aunque ya no debiera asombrarse por la capacidad de su compañero a la hora de comer. David se había puesto aún más grande que cuando lo conoció nueve meses atrás, lo que, unido a la barba y la cabeza afeitada, provocaba un impacto tremendo a quienes le conocían por primera vez. Nadie imaginaría la personalidad amable, divertida y servicial que escondía aquel «oso», como le apodaban en el gimnasio y en la comisaría. Llamaron al timbre y esperaron pacientes hasta que un joven chino abrió y les miró con cara de pocos amigos.

—Policía Nacional. Inspector Navarro y subinspector Sobrá. Buenos días, investigamos el robo que sufrieron ayer.

Durante unos segundos, el chico los miró con desconfianza, luego, a pesar de haber visto sus placas, no les dejó pasar.

—Diferentes. Antes otros policías.

—Antes otros y ahora nosotros. Apártate o investigará el caso tu abuela.

David se mostraba impaciente y Marcos tuvo que toser para llamar su atención e indicarle que mantuviese la compostura. El inspector pidió hablar con el responsable del establecimiento y el joven empleado pareció asentir a regañadientes, cerró la puerta para volver a abrir al cabo de